



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9373

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 28 DE ENERO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasado de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.875,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viada de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15,

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

M.ª LEONIE BROUTIN,

MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Para Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de már mol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chaubertki, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

MAQUINAS DE COSER

A MANO Y PIE de las acreditadas fábricas de Seidel de Dreiso y G. M. Pfaff, Kautschuk, garantizadas.

PRECIOS SIN COMPETENCIA RELOJERIA ALEMANA

TEODORO KETTERER
MAYOR 24.

EL PROBLEMA DE LA VIDA

Madrid acaba de resolver en parte tan árduo problema.

Cartagena sigue siendo una de las poblaciones de España donde resulta más cara la vida, por efecto de diversas causas entre las que aparece como la primera el crecido derecho señalado por impuesto de consumos á los artículos de primera necesidad.

Aun cuando ofrecemos ocuparnos con mayor detenimiento de este asunto, rogamos al nuevo Alcalde Sr. Rolandi, estudie tan importantísima cuestión y por si pudiera servirle de base copiamos las rebajas acordadas por el Ayuntamiento de Madrid en el impuesto de consumos, que tomamos de un periódico de la corte que recibimos hoy. Empezarán á regir en Madrid

Málaga, el cual, solo porque su mujer reúne aquellos prestigios personales y le gusta lucir el talle que el cielo le concedió para encanto de su marido (solo de su marido) está que bebe los vientos y se le antojan huéspedes los dedos, creyendo que á cada instante entra ladrón en el cercado ageno y que hay moros en la costa.

Y lo raro del caso es que Bienvenido no ha logrado convencerse con hechos ni con pruebas evidentes de que no hay tales moros, ni tales huéspedes, ni nada que no sea casto y lícito en su matrimonio. Los ojos de un celoso están poblados de espejismos de absurdos que toman la apariencia de la realidad y no hay poder humano ni divino que haga ver al ofuscado marido que los molinos de viento, no son más que molinos de viento, que las piras de carneros no son revuelto tropel de combatientes, y que los batanes no son ciegos ó cosa por el estilo: los celos desconocen la experiencia, son siempre niños y no escarmentan nunca en cabeza propia. Descontenta y más que descontenta, indignada de que se dudase de su virtud, estaba Paca Prieto, la mujer de Bienvenido, y ya había llegado á decir á éste en varias ocasiones lo que venía al caso apropiado de sus ofensas de hombre celoso.



¿Qué hacía ella para dar motivo á semejantes dudas? ¿Bailar en las fiestas? ¿asistir á un bautizo, á una boda del barrio? ¿ponerse flores en el pelo? ¿echar sobre su cuerpo, como una primavera fastuosa el rico pañolón de Manila y lucirlo sobre la soberana escultura de su cuerpo? ¿aparecer amable, atenta, desposeída de orgullo, franca y llana con todo el que la tratase? Pues á bien que eran graves faltas esas.

Las flores son para adorno de las cabezas andaluzas, los brillantes mantones para lucirlos, la buena conversación para demostrar que no es un porro, los bautizos y las bodas para que tengan acompañamiento, y la gracia de Dios para mostrarla, no bajo fanal, sino á la luz del sol y á los ojos de todo el mundo.

No faltaba razón, para pensar así á Paca, segura como estaba de que le pesaban mucho sus pies pequenitos y primorosos para dar un resbalón; pero vaya Ud. á convertir en partidario de tan liberales ideas á un marido que hubiera querido tener una pupila en cada poro de su persona para estar al acecho de la fidelidad de su mujer.

La última gracia que tuvieron por estas diferencias de caracteres, sugirió á la bizarra hembra una idea que por lo sonada que ella esperaba que fuese, acaso daría al traste con las visiones de su marido y la dejaría en paz sin darle más matraaca ni cantaleta al respecto de sus celos.

Era día de procesión en el barrio. Bienvenido, miembro de la hermandad que sacaría las imágenes en procesión, había de llevar en hombros uno de

los varales de las andas que cobijarian bajo un dosel á la virgen.

La procesión, con el irritable celoso formando parte de ella, pasaría frente á los balcones que Paca había ya adornado de colgaduras vistosas, y para el momento en que pasara había preparado la ofendida esposa su ardid, un ardid acaso demasiado atrevido, demasiado audaz, pero tal era el disgusto que el hombre había dado aquella mañana á la hermosa trinitaria por una cosa sin fundamento, que estaba decidida á todo, hasta á dejar corrido á su esposo ante el concurso todo de la procesión, con tal de que de una vez para siempre cesaran aquellos disgustos y Bienvenido volviera al carril de las personas sensatas y cuerdas.

Empezaron á salir de la parroquia las primeras personas, con el golpe de chiquillos delante que no falta en toda procesión; aparecieron luego estandarte, manga y cruz de metal; después dos hileras de personas con cirios encendidos; detrás devotos, pecadoras, beatas con la rizada veia llena de vistosas labores; aparecieron también gente de playa vestidas con el traje de fiesta; y por último, se destacó en la puerta del templo una de las imágenes agobiada de ramos de flores, de lazos, de telas y de joyas. Sosteniendo, con otros, á la imagen, en su hombro, vióse aparecer entre la gente á Bienvenido, puesto de tiros largos como convenía á un hombre de su significación y de sus méritos.

Apenas dió vista á la calle giró los ojos hacia los lejanos balcones de su casa, á ver si distinguía á su mujer sola en ellos, y se le encendió la sangre y sintió que le martilleaban en las sienas, al distinguir en uno de los antepechos, y medio oculto por las macetas de flores, la propia y evidente figura de un hombre que no movía mano ni pie.

¿Sería aquel hombre el enemigo de su felicidad? ¿Sería, no el fantasma, sino la persona de carne y hueso que no había visto nunca, pero á la cual había perseguido tantas veces? ¿qué buscaba semejante persona en su casa?

La parte del peso de la imagen que descansaba en su hombro, le parecía el de un grano de arena en medio del arrebato impetuoso de que se hallaba poseído.



La procesión avanzaba.

Una brillante sucesión de colgaduras, un alarde de polieronía viva y espléndida, cubría las rejas y balcones á lo largo de la calle y cada vez que un ligero viento movía aquella fiesta de colores, una alegría inusitada estremecía el fastuoso tránsito.

Los curas salmodiaban no sé que rezos, no sé que cánticos que daban noble magestad á la procesión.

El celoso ni oía los rezos ni escuchaba los vivas de la multitud, y su alma toda estaba absorbida por aquel desconocido;

por aquel hombre que ocupaba uno de los balcones de su casa.

No se le ocurrió al obcecado que ningún ladrón por lo general roba á la luz del día, que ningún rival, caso de que lo tuviera, llevaría su insensatez hasta el punto de mostrarse en la casa agena en pleno día y con la calle atestada de gente.

Poseído de un temblor de ira caminaba bajo las andas y le parecía que nunca había de acabarse aquel suplicio.

¿Qué momento había elegido la infame! el momento en que el esposo no podía abandonar su puesto, se pena de que se le tuviese por loco.

Hubo un instante en que estuvo tentado por echar á rodar la religión, por quitar su gosten á las andas, por salir, gritando como un demente, á despedazar á aquel hombre que le provocaba.

Se contuvo y siguió el paso del sagrado séquito.

De los balcones caía un desgajamiento de flores sobre la imagen: las mugeres se quitaban las rosas del pecho y las lanzaban al aire; los chiquillos redoblaban sus vivas, y de todas partes brotaba el entusiasmo.

Por fin se acercó la procesión á la casa del ofendido esposo.

Su mujer no se había asomado á ver el desfile; el hombre, vuelto de espaldas al público, seguía quieto, inmóvil, petrificado é insensible á la general animación.

—¡Eh! gritó uno de los muchachos;—aquel del barcón, el que está de espaldas, que se quite el chapeo.



—¡Que se lo quite, que se lo quite!—prorrumpieron á coro porción de personas.

El hombre no se movió. Un polizón se alzó la voz llamando la atención del irreligioso y lo excitó á que se descubriera, y tampoco el hombre hizo el menor movimiento.

Entonces Bienvenido, arrebatado por una furia loca, fuera de sí, dispuesto á hacer una de púpulo bárbaro, saltó al varal que llevaba, haciendo dar una terrible mecida á la imagen: se lanzó como un demente á la escalera de su casa; atravesó la puerta que halló de par en par, y ante la muchedumbre que llenaba la calle, cogió en peso al hombre impasible, lo alzó en el aire, y como si fuera una pelota lo arrojó con impetu furioso.

Al acto de valor sucedió una estruendosa carcajada que dejó á Bienvenido hecho una estatua de hielo en el balcón.

Al ir el hombre por el aire, se dispersó su vestimenta; tomaron direcciones distintas, sombrero, chaqueta y pantalón, y apareció ante los ojos de la concurrencia; un masiqué de señora, una banastita de forma de mujer que reboto varias veces al dar en el suelo.